



ROSAL MISIONERO

Carta n^o 46

23 de diciembre del 2013



¡Ave María purísima!

Unidos todos en el Corazón Inmaculado de María.

Amigos del Rosal; en esta les envío algunas consideraciones que espero sean de utilidad para proteger la vida de fe.

Primera parte:

Protegiendo nuestra vida de fe:

-La fe es como la semilla que sembramos en la tierra, requiere de atención (o solicitud, dedicación, vigilancia), por lo tanto, debemos imitar el comportamiento del agricultor: éste prepara el terreno, quita las piedras, arranca las malas raíces, lo abona, riega...; luego cuando crece o aparece la plantita con mayor dedicación y perseverancia procura socorrer a las necesidades de ella, por ejemplo si hay una parte débil la apuntala o endereza, luego poda lo que ve seco, le hecha fertilizantes contra los insectos, etc.; y sigue en esta solicitud hasta que llega el momento de cortar el fruto etc. Por eso una cosa que nos ayudará a incrementar la fe es poner el empeño o la dedicación del hortelano, pero en este caso para trabajar en la huerta de nuestra propia alma ¿Qué cosas hay que hacer?

Oración o rezar: nuestro corazón tiene hambre y sed de Dios, decía San Agustín “nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en ti”; la paz interior la encontraremos hablando con Cristo. El Señor siempre nos escucha, y cuando parece que no nos responde, solo calla, queda a la expectativa de nuestra fuerza de voluntad, examina nuestra perseverancia, constancia, para ver cuanto valemos; es de ley que el oro se purifica por el fuego del crisol, de la misma manera la fe y el amor en nuestro corazón se purificarán mediante el fuego de la tribulación; entonces cuando nos toca pasar en la vida por el fuego purificador de las cruces, lo que Dios espera es nuestra generosidad y aplicación a la acción espiritual de rezar; y va a ser esta vigilancia la que haga que la semilla o planta de la fe arraigue o proyecte raíces más profundas en el corazón. Por eso no hay que temer tanto las dudas de fe, más bien hay que temer no rezar cuando nos sentimos probados; por ejemplo Jesús en el Huerto de los Olivos nos enseñó a rezar en medio de la tribulación o agonía, pero los apóstoles se durmieron, no rezaron y Jesús les reprochó no haber velado con Él ni siquiera una hora, luego lo abandonaron y Pedro ante una mujer, terminó negando la fe en el Señor (cuando ella le pregunto si era uno de sus discípulos). Entonces debemos preguntarnos cuando nuestra fe esta probada o débil ¿Rezo lo suficiente? ¿Me entrego más a la oración o por el contrario bajo la guardia? ¿Mantengo el alma vigilante o me desmayo dando cabeza a tierra con la oración? Solo el que no reza es vencido y derrotado en su fe.

-Otra cosa que nos ayuda a mantener la plantita de la fe, es la **reflexión y meditación de la Palabra de Dios**; nos acontece muchas veces que descuidamos leer -meditar, rezar, contemplar-

la Sagrada Escritura, sobre todo el Nuevo Testamento, y bueno, allí está plasmada la vida de nuestro Señor Jesucristo; decía San Jerónimo que “desconocer las Sagradas Escrituras es desconocer a Cristo”; no hay que entender esto en el sentido que uno tiene que ser un teólogo de la Biblia, pero por ejemplo preguntarme: ¿Medito las parábolas que enseñó Jesús? ¿Me detengo a contemplar los milagros de Jesús? ¿Llevo a la oración el sermón de la montaña? ¿Contemplo en los evangelios de San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan la vida de Cristo, especialmente la pasión y resurrección? No solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios ¿alimento mi alma con el pan de la Palabra de Dios?

-Otra fuente en la que debemos beber para aumentar nuestra fe es el **sacramento de la Misericordia o Confesión**; arrepentirnos de nuestros pecados; con humildad pedir perdón a Dios, escuchar de Cristo mediante su ministro – el sacerdote-: “Yo te absuelvo de tus pecados...” Dice San Mateo que cuando a Jesús le descolgaron el parálítico por el techo, viendo la fe de ellos antes de curarle físicamente le dijo: “hijo tus pecados te son perdonados”; primero le curó el alma, después le curó el cuerpo; de igual manera que ese hombre, muchas veces, nosotros más que de la salud física necesitamos de la salud espiritual, y la curación o remedio para el mal del pecado nos llega a nuestra alma mediante el sacramento de la confesión. El perdón que Dios nos da al reconciliarnos con Él, es como una vacuna que nos cura e incluso preserva contra la enfermedad espiritual de la incredulidad; por lo tanto, el descreído o falta de fe, o aquél que en la práctica no vive al modo de Cristo, entre otras causas por las que está privado, una de ellas es no curarse el alma o preservarse del mal del pecado mediante sacramento de la misericordia; un aspecto del sacramento de la confesión, además de causar salud del alma, es la de causar seguridad y aumento de fe.

-La fe la sostiene el Cuerpo y la Sangre de Cristo; por lo tanto hay que acercarse a comulgar. La Eucaristía es la fortaleza del débil, nutre y alimenta nuestra vida espiritual; así como nuestro cuerpo es alimentado o nutrido mediante la bebida y alimento material, de la misma manera nuestra alma es alimentada y nutrida por el divino sacramento de la Eucaristía; y así como las águilas se alimentan de la carne y de la sangre de su trofeo, de la misma manera la fe de los creyentes solo puede ser nutrida de la carne y sangre de su trofeo que es la sagrada Hostia (en ella esta Cristo, verdadera, real y sustancialmente presente con su cuerpo, sangre, alma y divinidad).

Bueno, espero que esta reflexión sea provechosa a todos y que ayude a fortalecer la fe y el amor hacia Jesucristo (el mes que viene, si Dios quiere, les envío la segunda parte).

¡Feliz Navidad!

Con mi bendición.

**P. Héctor Luna, IVE.
Esclavo de María**

<http://www.rosalmisionero.net/>
rosalmisionero@ive.org